

HISTORIA OCULTA

# HÉROES *y* VILLANOS

españoles  
olvidados  
*por la* historia

Cydonia



Javier García Blanco

Ediciones Cydonia S.L.  
Apartado de Correos 265  
36200 VIGO (Pontevedra)  
<http://www.edicionescydonia.com>

© Ediciones Cydonia, 2012  
© Javier García Blanco  
Primera edición, julio de 2012

Printed in Spain - Impreso en España  
I.S.B.N. 978-84-938064-5-3  
Depósito Legal: VG-450-2012  
Maquetación: Acuarela Comunicación sll (986 31 51 06)  
Imprime: Publidisa



**Este libro protege el entorno**

El papel utilizado para la producción de este libro  
ha sido tratado bajo ECF (Elemental Chlorine Free)

*Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.*

# HÉROES *y* VILLANOS

españoles  
olvidados  
*por la* historia

*Javier García Blanco*



# Índice

|   |    |
|---|----|
| <b>Prólogo:</b> .....   | 9  |
| <b>Capítulo 1: En busca de las huellas de Dios</b> .....  | 13 |
| Egeria, la monja que desafió a su tiempo -<br>Peregrinos devotos... y aventureros - Los otros<br>peregrinos -   |    |
| <b>Capítulo 2: Cruzados españoles<br/>a la conquista de Tierra Santa</b> .....  | 25 |
| Razones de un silencio histórico - Guillermo,<br>conde de Trípoli - Un infante en la toma de<br>Jerusalén - De Toledo a ultramar - Las órdenes<br>hispanas en Tierra Santa - El fin de un sueño |    |
| <b>Capítulo 3: Gonzalo Guerrero,<br/>el conquistador que se unió a los mayas</b> ...  | 36 |
| Convertidos en esclavos - La llegada de Cortés<br>- Entre el mito y la realidad -   |    |
| <b>Capítulo 4: Lope de Aguirre, el tirano</b> .....   | 49 |
| Una vida llena de sombras - El Perú en los<br>tiempos de Aguirre - Un viaje sin retorno - La<br>conjura - El fin del tirano   |    |
| <b>Capítulo 5: Pedro Menéndez de Avilés:<br/>Un asturiano a la conquista de Florida</b> ....  | 63 |
| Nacido para la aventura - A la conquista de la<br>Florida - Otros exploradores de la Florida  |    |
| <b>Capítulo 6: Lucrecia de León,<br/>una “profetisa” contra Felipe II</b> .....   | 79 |
| Religión vs. superstición - Un grupo singular -<br>Un búnker para el Apocalipsis - Ante el Santo<br>Oficio  |    |

|  |            |
|--|------------|
| <b>Capítulo 7: Alonso de Salazar,</b>  |            |
| <b>el inquisidor que salvó a las brujas . . . . .</b>  | <b>93</b>  |
| El inicio de la epidemia - La Inquisición entra<br>en escena - Brujas y más brujas   |            |
| <b>Capítulo 8: Roque Joaquín de Alcubierre. el aragonés</b>  |            |
| <b>que desenterró Pompeya y Herculano . . . . .</b>  | <b>111</b> |
| Una vida entre ruinas - El despertar de Pompeya<br>- Una visita obligada -   |            |
| <b>Capítulo 9: Juan Bautista de Anza y la colonización</b>   |            |
| <b>de la Alta California . . . . .</b>   | <b>125</b> |
| De Hernani a Culiacán - De minero a militar - A<br>la conquista de la Alta California -  |            |
| <b>Capítulo 10: Juan de Miralles, un espía español</b>   |            |
| <b>en la independencia de los EE.UU. . . . .</b>   | <b>143</b> |
| De Alicante a La Habana - Comerciante, espía y<br>diplomático - La importancia de la aportación<br>española - ¿Agente doble?   |            |
| <b>Capítulo 11: Peter Casanave:</b>  |            |
| <b>El navarro que inició la Casa Blanca . . . . .</b>  | <b>157</b> |
| <b>Capítulo 12: La expedición al Pacífico: Una aventura</b>  |            |
| <b>científica por el continente americano . . . . .</b>  | <b>165</b> |
| Militares y científicos - Rumbo a la aventura - El<br>“gran viaje”   |            |
| <b>Capítulo 13: Los ‘Schindler’ españoles . . . . .</b>  | <b>181</b> |
| Héroes en la Francia ocupada - El Ángel de<br>Budapest - El “amigo de los judíos” - “Aquí vive<br>un español” - Trenes hacia la libertad - España y<br>los refugiados judíos |            |
| <b>Capítulo 14: Ramón Mercader:</b>  |            |
| <b>El español que asesinó a Trotsky . . . . .</b>  | <b>201</b> |
| Historia de un complot - Un español en el<br>NKVD - Objetivo: eliminar a Trotsky - Un<br>“héroe” silencioso  |            |
| <b>Bibliografía . . . . .</b>  | <b>213</b> |

## Prólogo

**E**N NO POCAS OCASIONES, la Historia –confabulada con aquellos que la escriben y con los caprichos del destino– es injusta y desagradecida. Sólo así se explica que, sin importar la época, civilización o lugar del globo al que miremos, encontremos siempre un buen puñado de personajes a quienes el azar, los historiadores o el vencedor de turno –ya saben aquello de que “la Historia la escriben los vencedores...”– han decidido relegar a las más recónditas y escondidas “notas al pie” de los libros en los que se glosan victorias, descubrimientos, conquistas y otras grandes hazañas. Y eso con suerte, pues muchas veces se pierden para siempre en el olvido y el silencio de los siglos.

Son ya unos cuantos años los que un servidor lleva escribiendo acerca de temas históricos y, sin importar la cuestión sobre la que me esté documentando en cada momento, casi siempre me sucede algo similar. A veces es una mención vaga en una crónica, otras una pequeña pista descubierta por azar, ya sea en un libro o en un documento histórico, incluso en un antiguo periódico digitalizado y disponible a través de Internet. Pero siempre, de una u otra forma, surge un personaje hasta entonces desconocido cuya historia es capaz de atraer nuestra atención por dos razones: en primer lugar por haber protagonizado algún hecho destacado, merecedor de ocupar un espacio de honor en los libros de Historia; la segunda, precisamente por todo lo contrario, haber sido ignorado casi por completo pese a sus sobrados y destacados méritos como guerrero, estratega, explorador o aventurero.

He de confesar que siento una especial debilidad por estos héroes –o villanos– “olvidados”, auténticos “grandes secundarios” o actores de reparto de la Historia. Sobre todo si se da la circunstancia de que son españoles o sus aventuras estuvieron vinculadas de forma especial con España. De ahí que, con el paso de los años, haya ido dando forma a una singular “colección” personal compuesta por una nutrida y variada galería de personajes. Todos ellos con ese denominador común de ser poco conocidos por el público y, en algunos casos, incluso por los propios historiadores.

Y este ha sido, precisamente, el criterio seguido a la hora de elaborar la selección de personajes históricos que dan forma al libro que tiene entre sus manos. He procurado que los protagonistas aquí reflejados cubrieran buena parte de los periodos históricos y, así, encontramos narrados sucesos que abarcan desde los primeros siglos de nuestra era hasta el reciente siglo XX.

En un primer momento había decidido dar forma al libro presentando una sucesión de historias que intercalaran, de forma más o menos equilibrada, las peripecias y aventuras de hombres y mujeres “olvidados” por la Historia. Sin embargo, finalmente decidí –excepción hecha de la historia de la monja Egeria y del capítulo dedicado a Lucrecia de León, en ambos casos por razones de similitud temática con otros personajes–, “excluir” a las damas y reservar, para ellas solas, un futuro trabajo. Ciertamente, material no falta, y sin duda el interés de los episodios protagonizados por estas españolas de distintas épocas igualan, cuando no superan en muchas ocasiones, al de sus “colegas” masculinos.

En cuanto a lo “temático”, he procurado también hacer una selección lo más variada posible, presentando a personajes que destacaron en distintos ámbitos, ya fueran exploradores, guerreros, pioneros de la arqueología, científicos, espías o incluso asesinos de grandes figuras de la Historia.

Estoy seguro de que el lector encontrará aquí personajes que ya conocía, pues alguno de ellos ha servido de inspiración para la realización de películas, novelas o cómics. Sin embargo,



incluso en esos casos, dichos héroes o villanos son escasamente conocidos por el gran público. Es lo que ocurre, por ejemplo, con el sanguinario Lope de Aguirre cuyas atrocidades, cometidas mientras perseguía las legendarias riquezas de El Dorado, han sido objeto de recreación en dos películas –una dirigida por nuestro Carlos Saura, y otra por el alemán Werner Herzog–, novelas como la de Sender y un par de cómics. Y a pesar de semejante “cobertura”, Aguirre sigue siendo uno de esos grandes desconocidos.

Más sonrojante resulta que algunos de estos personajes –nacidos en la “piel de toro” aunque pasaran a la Historia por protagonizar sucesos ocurridos a miles de kilómetros de su hogar–, sean más conocidos en otros países que en el nuestro, cuando muchas veces sus hazañas deberían llenarnos de orgullo y ocupar no pocas páginas en los libros de texto. Ese el caso, por ejemplo, de algunos exploradores y aventureros como los Anza, originarios de Hernani, cuyas peripecias se conocen al dedillo los estudiantes de secundaria en toda California, Nuevo México y Arizona, y cuyos nombres y apellidos han bautizado no pocas calles, plazas u hospitales de distintas localidades estadounidenses. Cuentan, incluso, con un Parque Natural que lleva su nombre, y que coincide con la ruta que abrieron, atravesando el desierto mientras se enfrentaban a temibles apaches y comanches, desde el norte de México hasta la región de la Alta California.

Algo similar sucede con el conquistador Pedro Menéndez de Avilés quien, a pesar de haber derrotado con valor y con inteligencia a media flota corsaria francesa del siglo XVI, y haber fundado la primera ciudad de los Estados Unidos de América –todavía hoy en pie, con un fuerte español y repleta de calles con nombres de ciudades peninsulares–, es apenas conocido en España, a excepción de su ciudad natal, donde por suerte se recuerdan sus numerosos méritos.

En los dos casos anteriores, basta con echar un vistazo a la bibliografía para descubrir con desánimo que la mayor parte de los textos dedicados a uno y otros personajes están escritos en la lengua de Shakespeare, cuando debería ser abrumadora la ma-

yoría de los escritos en la de Cervantes.

En otras ocasiones, la falta de documentación es casi total, y sólo la suerte o el azar nos permiten descubrir a quien, oculto bajo un nombre nuevo, esconde una figura tan fascinante como la del navarro Pedro Casenave, quien llegó a ser alcalde de Georgetown –núcleo de la actual capital estadounidense–, amigo de George Washington y, ojo al dato, la persona que colocó la primera piedra de la Casa Blanca pues, no en vano, era el Gran Maestro masón que dirigió la ceremonia.

Todas las historias que protagonizaron los hombres y mujeres que encontrará a continuación consiguieron emocionarme cuando descubrí por primera vez sus conquistas, descubrimientos, aventuras o incluso sus errores. Espero que al pasar página, disfrute usted tanto como hice yo al documentarme y al escribir sobre ellos...

Zaragoza, a 22 de mayo de 2012

# Capítulo 1

## En busca de las huellas de Dios



Durante siglos, miles de personas de toda Europa dejaron atrás sus lugares de origen con la intención de iniciar un viaje hacia lo desconocido. Un periplo hasta los santos lugares de sus respectivas confesiones religiosas que, en algunos casos, dejaron recogidos en sus escritos. No fueron pocos los habitantes de la Península Ibérica que, ya desde tiempos remotos, se aventuraron en tan arriesgada travesía para conocer los enclaves más piadosos citados en los distintos textos sagrados.



**T**TIERRA SANTA EN GENERAL y JERUSALÉN en particular han atraído desde hace siglos la atención de miles de personas en todo el mundo. Siglos antes de que la peregrinación hasta Santiago de Compostela cobrara fuerza y protagonismo, peregrinos de distintas nacionalidades, orígenes y credos religiosos ya habían iniciado el viaje hasta los santos lugares del Próximo Oriente.

En el caso de los viajeros cristianos, el suceso que marcó la “explosión” de las peregrinaciones fue el descubrimiento de la supuesta tumba de Cristo (el lugar hoy conocido como Santo Sepulcro) a comienzos del siglo IV, por parte de Santa Helena, madre del emperador Constantino. A este suceso habría que añadir los escritos dejados por San Jerónimo –autor de la traducción al latín de la Biblia hebrea y griega–, quien seguramente influyó en el afán viajero de muchos devotos con sus textos relativos a los santos lugares.

Junto a los textos del santo, que vivió en Palestina entre finales del siglo IV y comienzos del V, se encuentran otros de vital importancia y que fueron escritos por algunos de los primeros peregrinos. Gracias a estos textos, aquellos que se aventuraban por los peligrosos caminos poseían una especie de guía repleta de consejos y descripciones para viajar hasta Tierra Santa. De este modo los arriesgados viajeros tenían en sus manos una ayuda con la que realizar una visita completa a los santos lugares y poder revivir así los acontecimientos de la vida de Cristo narra-

dos en los Evangelios. Este es el caso de los textos redactados por el anónimo Peregrino de Burdeos<sup>1</sup> y la monja Egeria, que serían usados durante mucho tiempo por los peregrinos siguientes. Y esta aventurera religiosa es, precisamente, la primera de las protagonistas de este libro.

## **Egeria, la monja que desafió a su tiempo**

Son pocos los datos que poseemos de esta audaz y valiente monja nacida, muy probablemente, en la Península Ibérica. Al parecer, Egeria era la superiora de un convento o eremitorio gallego, que en el siglo IV de nuestra era tomó la decisión de viajar hasta los santos lugares para visitar en persona los paisajes descritos en el Antiguo y el Nuevo Testamento y describir después a sus hermanas todo lo que veía a través de una serie de cartas abiertas que forman su diario.

Aunque se desconoce el lugar exacto desde el que comenzó su viaje, parece claro que éste se encontraba en Galicia<sup>2</sup>. La narración de su diario comienza en diciembre del año 383 y finaliza en junio del 384. Por tanto, en tan sólo seis meses recorrió miles de kilómetros, unas veces a pie, otras montada a caballo e incluso a lomos de un camello.

Su diario de peregrinación, *Itinerarios*, permaneció perdido durante más de quince siglos, hasta que fue encontrado en la ciudad italiana de Arezzo a finales del siglo XIX. Según se ha podido comprobar, este diario de viaje está incompleto, ya que faltan las primeras páginas del mismo. Además, su autora sólo recoge el segundo de los viajes de peregrinación que realizó a Tierra Santa, ya que según relata ella misma en el diario, hizo un primer viaje a Jerusalén del que desconocemos todos los detalles.

Posiblemente la monja fue contemporánea del hereje Prisciliano y es probable que conociera sus doctrinas, ya que existen varios pasajes en sus escritos que coinciden en su concepción religiosa con la de este singular personaje de la época. Durante su peregrinación, la religiosa visitó templos, eremitorios y los

más variados escenarios bíblicos. En cuanto se encontraba en los lugares descritos por las escrituras, la monja gallega se detenía para leer y meditar los pasajes correspondientes a ese lugar.

A lo largo de su peregrinaje, Egeria fue encontrándose con las pretendidas reliquias relacionadas con distintos pasajes del Antiguo y el Nuevo Testamento, y así lo anota puntiliosamente en su diario de viaje. Así, la monja vio conmovida su alma al contemplar la piedra sobre la que Moisés quebró las primeras Tablas de la Ley, el horno donde los israelitas fundieron el becerro de oro o la zarza ardiente a través de la que Dios se manifestó, y que según la monja aún seguía viva y continuaba echando brotes. En Jerusalén, por ejemplo, Egeria pudo visitar la columna en la que supuestamente habían azotado a Jesús y que «aún conservaba algunas marcas dejadas por el cuerpo de nuestro Señor».

Otro de los pasajes más interesantes es descrito durante su viaje por tierras sirias, en concreto a la ciudad de Edesa (actual Sanliurfa, en Turquía). Allí Egeria pudo contemplar las cartas originales que, según la tradición, habrían intercambiado Cristo y el rey Abgar, y llegó a hacerse con una copia que conservará como reliquia. Según el relato del obispo de Edesa –“hombre santo” con quien Egeria conversó directamente– las cartas habían ejercido una protección milagrosa sobre la ciudad frente a los persas, cuando ante un inminente ataque de los mismos, una gran oscuridad invadió los exteriores de la ciudad impidiendo que llevaran a cabo la invasión.

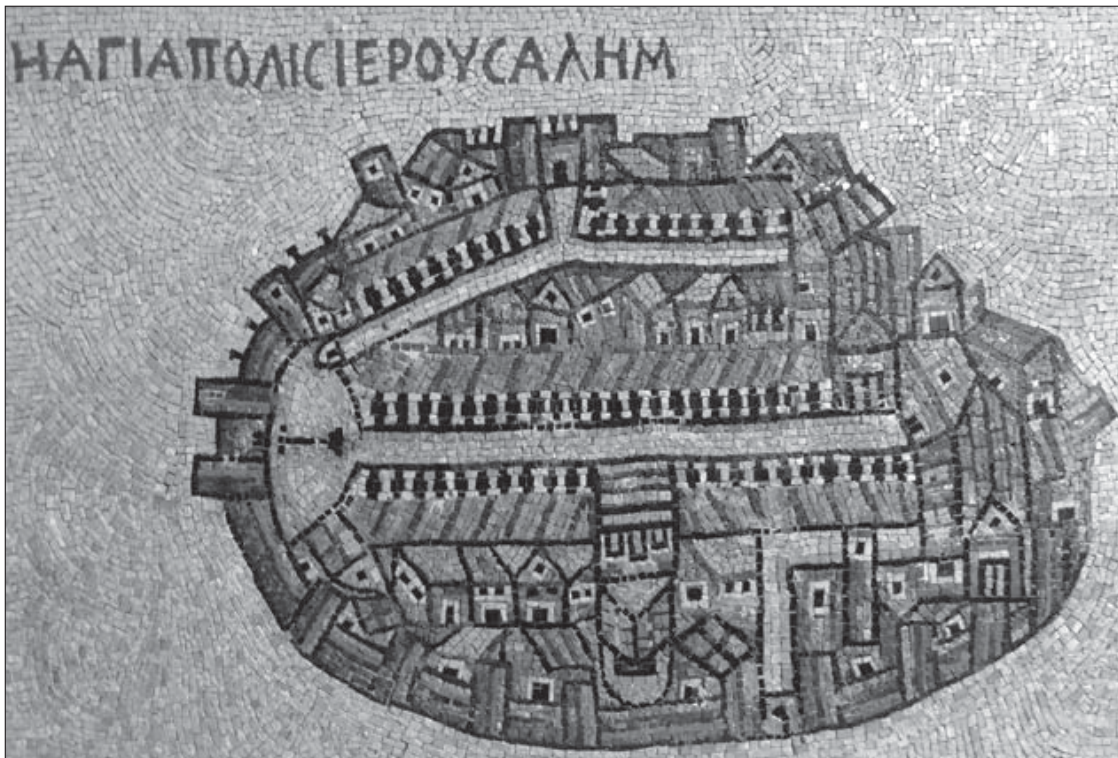
Egeria también visitó Nazaret, y allí vio «una gran y muy espléndida gruta en la que vivió María y en la que se ubicó un altar». La monja se refiere probablemente a la más grande de las cavernas consagradas en la gruta de la actual basílica de la Anunciación. Según la tradición católica romana, ése sería el lugar en el que el arcángel Gabriel se apareció ante la Virgen María.

Además de su evidente interés descriptivo, el texto de Egeria es interesante porque ayuda a conocer algunos aspectos del cristianismo primitivo. Así, en sus anotaciones del mes de diciembre no hace mención alguna a la celebración de la Navidad, y en

cambio sí lo hace con la de la Epifanía, lo que demuestra que la primera festividad todavía no había sido instaurada en tiempos de la peregrina gallega.

En su diario de peregrinación habla casi exclusivamente de hombres cuando se refiere a sus acompañantes en el viaje; sólo nombra a una mujer, Martana, diaconisa de Selencia, a la que conoció en Jerusalén. Sin embargo, previendo los comentarios de algunos malintencionados (que no logró evitar por completo) suele añadir que sus acompañantes son santos y ascetas de gran virtud.

Para algunos estudiosos de su figura, Egeria debió ser una mujer emparentada con la nobleza, ya que un viaje de tales características requería cierto nivel económico, y en ninguno de sus escritos hace referencia a que tuviera que recurrir a la mendicidad. Además, durante su desplazamiento hasta el Sinaí, Egeria relata que necesitó una importante escolta de soldados debido al peligro que suponían las tribus árabes. Esto ha llevado a pensar a algunos investigadores que Egeria quizá era familiar de Flacila,



*La monja y peregrina Egeria visitó todos los santos lugares de Jerusalén. En la imagen, un antiguo mosaico romano representando la ciudad santa.*



la primera mujer del emperador Teodosio el Grande, gallega de origen y madre de Pulqueira, Arcadio y Honorio, que llegaron a ser emperadores de Oriente y Occidente, respectivamente.

Para los autores cristianos el relato de Egeria –que sería usado durante siglos por numerosos peregrinos que trataron de emularla– tiene además un interés añadido: entre sus textos destaca una exhaustiva descripción de la liturgia celebrada en Jerusalén durante las festividades de la Pasión. Este hecho, junto a la descripción de templos e iglesias, resulta de gran importancia tanto para religiosos como para los historiadores.

Egeria murió el 14 de septiembre del año 385 –tan sólo un año después de haber finalizado su segundo viaje a Tierra Santa–, mientras se encontraba en Tracia, a donde había acudido a tomar aguas medicinales, y su cuerpo fue trasladado a Constantinopla.

## **Peregrinos devotos... y aventureros**

Continuando con el repaso a los viajeros cristianos españoles que viajaron hasta los santos lugares, uno de los relatos de peregrinos conservados que poseen más valor es el realizado por Antonio de Castillo, clérigo malagueño que vivió en el siglo XVII y cuyo diario de viaje a Tierra Santa (*El devoto peregrino, guiaje de Tierra Santa*) llegó a convertirse en la guía de peregrinos más popular, alcanzando las treinta ediciones<sup>3</sup>.

Tras iniciar su viaje en Granada, de Castillo fue recorriendo las distintas etapas que le conducirían hasta Jerusalén, lugar al que dedica la parte más importante de su diario, recogiendo en él una completa lista de los templos y santuarios cristianos.

Durante su estancia en Egipto, lugar de visita obligada por haber sido hogar de Moisés y refugio de Jesús y la Sagrada Familia, el intrépido religioso relató su visita a las pirámides de Giza y la gran impresión que éstas le causaron:

«Tres leguas distante del Cayro fuimos a ver las pirámides de Egipto, que es una de las maravillas del mundo. Llegamos a las

pirámides. Ay tres grandísimas y otras más pequeñas. La mayor de todas es en la que está el sepulcro de Faraón. Su altura es indecible. Tiene 2600 passos de circuito y 1552 passos de alto. De diez personas que fuimos a ver esta maravilla, sólo tres subimos a lo alto, que fue otro religioso y yo y un turco. Son todas estas pirámides hechas de piedra de notable grandeza, porque avrá algunas que pesarán más de ciento y cinquenta arrobas; y la maravilla grande es que no aviendo en todo el Egipto piedra alguna, de suerte que si se buscasse en todo él una del tamaño de una nuez, no fuera posible hallarla. No se sabe de adonde o cómo traxeron piedras de tal tamaño y tantas».

Pero a pesar de la honda impresión causada por las edificaciones egipcias, la más profunda admiración y devoción recogida por Antonio de Castillo se produce al enumerar su recorrido por Jerusalén y los santos lugares de Tierra Santa. Allí detalla uno a uno los lugares que visitó Cristo durante su vida, así como los sitios de martirio de distintos santos o los templos supuestamente levantados por intercesión de Santa Helena, madre de Constantino, detallando minuciosamente los «muy grandes misterios que allí se encuentran».

---

*Portada de 'El devoto peregrino', la célebre guía de viaje escrita por el clérigo malagueño Antonio de Castillo.*



Dos siglos antes de que Antonio de Castillo hubiera realizado su periplo, otros peregrinos españoles se habían aventurado ya a realizar semejante travesía, en una época que estaba a caballo entre finales de la Edad Media y comienzos del Renacimiento.

Entre estos personajes destaca, sin duda alguna, el noble Fadrique Enríquez de Ribera, primer marqués de Tarifa y *Adelantado Mayor* de Andalucía. Llevado por su notable fe, este destacado caballero de la orden de Santiago, que había luchado con valor en la guerra de Granada frente a los moriscos, decidió iniciar un viaje de peregrinación a Jerusalén en el año 1518. Su travesía le llevó a recorrer –en compañía de varios criados y un sacerdote– buena parte de Europa y el Mediterráneo, hasta llegar a su destino al año siguiente. Al igual que el resto de personajes que hemos visto hasta ahora, Fadrique de Ribera también dejó constancia de su viaje por escrito, en un texto titulado *Desde Sevilla a Jerusalén*.

Apenas cien años después, con la amenaza del Imperio Otomano en pleno apogeo, la ya de por sí delicada empresa de viajar a Tierra Santa se convirtió en algo aún más peligroso. A comienzos del siglo XVI, el sultán Selim I había realizado varias conquistas a lo largo del Mediterráneo y el Próximo Oriente, lo que incluía las tierras de Siria, Palestina y Egipto. Como es lógico, aquellas victorias militares limitaron mucho el comercio con Occidente y el tránsito, hasta entonces más o menos numeroso, de peregrinos cristianos que viajaban a Tierra Santa.

Pese a estas dificultades, los peregrinos no se amilanaron y, guiados por la fe, siguieron encaminando sus pasos –aunque en menor número–, hacia los Santos Lugares. Por lo general, estos piadosos viajeros accedían a los lugares mencionados en las Escrituras penetrando por los puertos de Alejandría y Jaffa. Entre estos audaces viajeros que no temieron a la amenaza turca estaba otro religioso español, fray Diego de Mérida, quien se aventuró por aquellos territorios en el año 1512.

Este fraile viajero dejó también sus impresiones por escrito, detallando de forma pormenorizada –entre otras muchas cosas–, los trámites que había que realizar con las autoridades otomanas

para obtener los permisos de visita a los santos lugares. Fray Diego de Mérida describió también con gran fervor el aspecto de la entrada del Santo Sepulcro de Jerusalén, así como sus intentos por descubrir los restos del Segundo Templo de la ciudad, destruido por los romanos en el año 70 de nuestra era durante el asalto dirigido por Tito.

## Los otros peregrinos

Aunque la mayor parte de peregrinos de la Península Ibérica que encaminaron sus pasos a los territorios del Próximo Oriente eran devotos cristianos, éstos no fueron los únicos que decidieron viajar hasta aquellos lejanos lugares. También fueron numerosos los judíos y los musulmanes que, en diferentes épocas –y por motivos bien distintos–, iniciaron su camino hasta las tierras que eran sagradas para ellos.

En este sentido, uno de los principales ejemplos de peregrinación judeoespañola hacia Jerusalén fue el de Yehuda Ha-Leví, poeta toledano famoso en su época por sus obras. Tras la captura de Jerusalén por los ejércitos cruzados en el año 1099, su fe en la proximidad del advenimiento del Mesías aumentó. Sin embargo, cuando en el año 1044 la esperada llegada no se produjo, Leví decidió iniciar su viaje a Tierra Santa, donde perdería la vida ese mismo año.

Fue precisamente esa singular e insólita confianza en la llegada del prometido Mesías la que hizo que otros muchos judíos españoles viajaran hasta la tierra de los Patriarcas, alentados por leyendas que hablaban de la redención del “Pueblo Elegido” y de milagros obrados en Jerusalén por ciertos personajes. Otro judío, un cabalista llamado Moseh Basola, que recorrió Tierra Santa en 1521, recoge en sus escritos el ambiente de mesianismo que existía en aquellas fechas y nombra a determinado personaje con fama de milagrero y que se autoproclamaba como el Mesías prometido.

En lo que respecta a los viajeros de credo musulmán nacidos en territorio español que acudieron hasta sus “santos lugares”, no podemos dejar de mencionar a de forma especial a dos de ellos: el granadino Abu Hamid Al-Garnati y el valenciano Ibn Yubair. El primero, nacido a finales del siglo XI en una destacada familia vinculada con el último de los reyes ziríes, inició su viaje obligado por la persecución a la que fue sometido su linaje tras la victoria de los almorávides. Así, el destino le llevó a recorrer buena parte de “Marruecos, Túnez, Sicilia, Cerdeña, Egipto, Jordania, Siria, Iraq, Arabia, Persia, Uzbekistán, Bulgaria y Hungría, entre otros países”. Este largo peregrinar, que se prolongó durante varios años, le llevó a visitar la ciudad santa de La Meca –cuna del profeta Mahoma– en el año 1155.

Justo diez años antes había venido a este mundo el segundo de nuestros viajeros musulmanes, el valenciano Ibn Yubayr. De gran cultura y sabiduría –llegó incluso a ejercer como secretario para los gobernadores almohades–, Yubayr tomó la determinación de partir en dirección a La Meca y otros lugares santos para el islam en el año 1183. En su caso, la peregrinación de prolongaría durante dos años, pues en 1185 ya estaba de vuelta en la Península Ibérica. Tras su regreso puso manos a la obra, y comenzó a dejar por escrito sus impresiones sobre todo aquello que habían visto sus ojos. A este sabio valenciano debemos la creación de un destacado género de la literatura árabe, la *rihla*, dedicado precisamente al relato de viajes.

En definitiva, los viajes y relatos de todos estos peregrinos –ya fueran cristianos, judíos o musulmanes– que se aventuraron por tierras desconocidas y peligrosas son una buena demostración de hasta que punto las creencias y la fe religiosa son capaces de desplazar, literalmente, a millones de personas a lo largo de los siglos.